Paola

Gálvez

897.286
G182p

The Library
of the
University of North Carolina

Endowed by The Dialectic
and
Philanthropic Societies

897.286
G182p

Paola

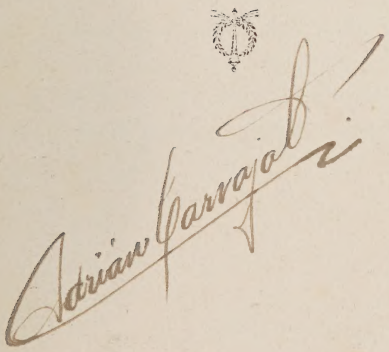
Novelina Espiritista

Jaime Gálvez

JAIME GALVEZ G.

PAOLA

NOVELINA ESPIRITISTA



IMPRENTA MINERVA
SAN JOSE, COSTA RICA
1922

Al Profesor

don Ramiro Aguilar V.

Presidente del Centro Espiritista
"Claros de Luna"

¿Recuerda, h.·. Ramiro, del infeliz suicida, de Amilcare, el que por tantos años vivió sepultado en las tinieblas sintiendo los dolores de su muerte?

¿Recuerda la noche aquella en que llorando nos contó su historia, la triste historia de muerto?

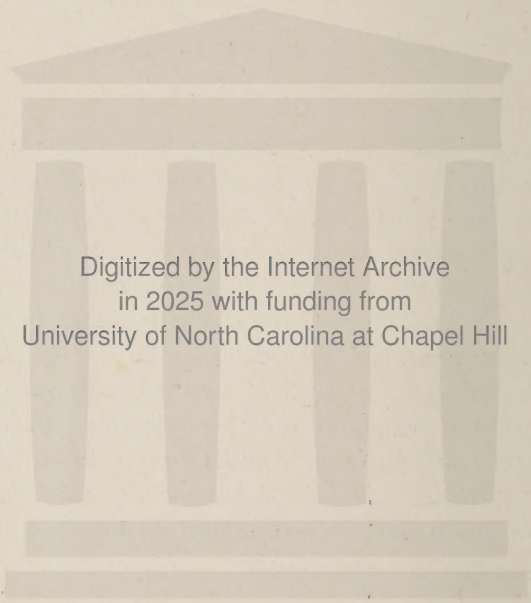
He aquí, en estas líneas que le dedico, la historia misma del suicida italianito. Talvez ellas le traigan a la mente la idea del fantasma que cruza el mundo, en santa peregrinación, evitando tantos suicidios como estrellas tiene el cielo.

Recíbalas con benevolencia que son la ofrenda en que le hago presente toda la admiración y respeto que por usted siento.

Cariñosamente,

EL AUTOR

453784
897.286
G182p


Digitized by the Internet Archive
in 2025 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/paolanovelinaesp00galv

I

Una tarde de noviembre del año 1898, un lujoso carruaje, tirado por briosos corceles, se detuvo en la puerta del Cementerio de Chiembi.

Chiembi es uno de los más pintorescos pueblecitos que cobija el cielo, siempre azul, de la Península de los Apeninos. Situado al pie de abrupta cordillera y circundado por ríos, semeja un pequeño y tranquilo islote, en donde destacan, acopados, enormes y seculares árboles.

A un lado extensos sembrados y, más allá, al comienzo de las montañas, vastas praderas en las que pastan mil rebaños y donde se escuchan, por las mañanitas, los cantos quejumbrosos y melífluos de los pastorcitos enamorados....

Al otro, uniformes hileras de casitas, blancas como la leche, habitadas por labradores. En las tardes, cuando el sol desmaya en el ocaso, veréis que cada familia toma asiento frente a su vivienda, entretenida en juegos de ajedrez o naipes, o bien a uno que otro gañán arrancar notas melancólicas a los acordeones al par que los "piccolos" entonan cantares pastoriles que subyugan y que entristecen.....

A poco andar y pasando frente a la diminuta iglesia cuyas empolvadas campanas piden oficios, se levanta un vetusto castillo, rodeado por monumental verja, carcomida por los años. Ha mucho tiempo permanece en ruinas, siendo oscuro asilo de vampiros y alimañas. En el ruinoso vestíbulo distínguese el escudo,

herrumbrado, con una borrosa inscripción que dice: "Conde Luis de Russi.—Ultimo descendiente de la Casa Russi.—Año 18...."

El Conde Luis de Russi, descendiente de familia rica e ilustre de Italia, se vio precisado a abandonar a Roma en los últimos años de su vida y a radicarse en Chiembi, donde murió. A su muerte fue deshabitado el castillo y desde entonces permanece en ruinas.

Mas allá, y por el camino que conduce a Lilui, aparece, magestuoso, el Convento de San Francisco, con sesenta años de existencia y regentado por Sor Catalina. Altas paredes de piedra rodean al edificio y, distínguense solo, en la parte lateral, las blancas torrecitas de la capilla. Todos los días, a la hora del *Angelus*, brotan del monstruo de piedra tristes plegarias entonadas por gargantas de vírgenes.....con corazón de mujer. La voz cascada del viejo órgano interrumpe aquellos "ayes del alma" que se pierden, como fugitivas golondrinas, a traves de los campos.....y queda solo el silencio, el silencio devorador....

Sigamos por el caminillo que conduce a Lilui. Hemos llegado. Es el cementerio de Chiembi. En la puerta se ha detenido un lujoso carruaje y una dama, vestida de negro, ha descendido de él. Lleva cubierto el rostro con espeso velo y en la mano ostenta un manojo de flores. Parece que teme ser descubierta, pues mira, inquieta, a todos lados. De pronto se decide y entra rápidamente en el "campo santo" deteniéndose ante una tumba, al parecer olvidada. Se arrodilla, descúbrese el rostro por el que ruedan como perlas grandes lágrimas; mira al cielo y pronuncia una oración muy quedo, al par que riega, lentamente, una tras otra las frescas flores sobre la empolvada losa, cubriéndola toda como de policroma alfombra.....

Ha terminado su misión! Con paso tardo, se aleja, por entre las tumbas, la enlutada. Solo se escucha, por el estrecho caminillo de Lilui el rodar de un coche y los pasos cadenciosos de los caballos...

Aproximémonos a la tumba, húmeda aún por las lágrimas de la desconocida Una tosca cruz de piedra descansa en marmolina lápida, manchada por el polvo.. y el olvido. En ella léese: "Rogad a Dios por el alma de AMILCARE CROSSI, fallecido en la paz del Señor el 23 de Enero de 1891."

Las flores esparcidas sobre la tumba serpentean con el viento y exhalan perfumes divinos...

!Ojalá lleguen hasta esa alma sus aromas!...

A lo lejos, la monótona campana del Convento llama a oración...

II

El Conde Luis de Russi, descendiente último de una de las familias más distinguidas y ricas de Italia, heredó, a la muerte de sus padres, una fortuna inmensa. En los primeros años de su juventud, ya huérfano, dilapidó gran parte de su riqueza. Años más tarde, cansado de la vida licenciosa y cuando su fortuna era escasa, pensó en formar hogar y contrajo matrimonio con Margarita Nelli, dama distinguida, tanto por su ilustre abolengo como por su excepcional belleza y esmerada educación. De este enlace resultaron dos hijos: Mario y Paola, ambos criados en opulencia y bajo los cuidados de una rigurosa educación.

Malos negocios, en los que perdió el Conde los pocos bienes que aún poseía, lo hicieron pensar en la conveniencia de ausentarse de Roma. Al principio se resistía la Condesa a aceptar lo que ella tildaba de descabellado propósito, y argüía en su contra, la educación de sus hijos; pero, poco a poco se hizo sentir la necesidad de abandonar la sociedad romana, ya que no era posible, con la menguada renta que el Conde percibía, satisfacer ni los menores caprichos que la etiqueta exige. Por aquel entonces se proponía a la venta el Castillo de Chiembi. El Conde no tardó en adquirirlo y poco después preparaba el traslado a Chiembi, el lejano pueblecito de Roma.

Cuando esto sucedía, Mario contaba doce años y Paola diez.

.....

¡Cuánto sufrieron los pobres niños, al alejarse en súbita fuga de aquella histórica ciudad, asilo de sus pri-

meros años, nido de los recuerdos más preciosos de su infancia! ¡Alejarse, para siempre, del suelo que los vió nacer, y de aquel cielo, siempre azul, tan triste si llora ban... tan alegre si reían...! ¡Alejarse de aquella querida ciudad, tan bella para ellos ...y tan maldecida por su padre, el Conde!...

III

El cambio operado en Casa Russi, desde su llegada a Chiembi, fue notable.

El Conde, antes afable y risueño, se tornó áspero. Pasaba las horas del día encerrado en su gabinete y rehuía encontrarse con familiares y amigos. A todos miraba de reojo, con mirada penetrante, como si tratase de sondear los corazones o de aquilatar las conciencias. En las noches, al verlo paseándose por los jardines del castillo, tan pensativo y con las manos hacia atrás, diriase, que era un sabio o era un loco.... Muchas veces lo sorprendió la aurora en su nocturnal paseo. ¡El Conde era ya otro hombre! Las circunstancias forman los hombres a su capricho....

La Condesa, en cambio, tornó su carácter, antes imperioso por humilde y cada palabra que de sus labios salía iba siempre acompañada de una sonrisa dulce, con algo de tristeza. Pasaba las horas del día en la ventana del pabellón, entregada a la lectura. A ratos levantaba la vista para contemplar aquellas inmensas praderas en las que pastaban mil y mil rebaños. Siempre mirando hacia allá, al norte, como tratando de columbrar aquella ciudad perdida... perdida en el recuerdo....

En cuanto a Mario y Paola ya estaban tan alegres como en Roma. En las mañanitas, cogidos de la mano y prorrumpiendo en gritos jubilosos corrían por los montecillos tras de las mariposas, o ya bien se entretenían escuchando los cantos diatónicos de los pajarillos.

¡Ya eran felices! En los niños la única riqueza es el juego y un beso de la madre toda la felicidad.

En uno de los paseos por el campo conocieron a Amilcare, niño de más edad que la de ellos y que habitaba en las cercanías del castillo. Lo conocieron y fue su amigo y... algo más: su hermanito.

¡Oh amigos de la infancia.....

IV

Cifraba en los quince años. Alto, rubio, de robusta contextura, ojos azules y nariz corva y larga, unido todo esto a una excelente educación, Amilcare Crossi resultaba ser un galán mozo. Huérfano desde la más tierna infancia no supo de los halagos de madre, ser incomparable de cariño y de bondad. Desde muy niño tuvo inclinación al estudio. Su padre, rico labrador de Chiembi, nunca lo privó de esta inclinación y, antes, por lo contrario, satisfacía hasta sus menores deseos con la esperanza de que por este medio aliviaría un poco la existencia del desgraciado niño. Amilcare, a la poca edad en que lo encontramos tenía amplios conocimientos sobre diversas ciencias. Su mayor placer era el estudio de la música, a la que dedicaba gran parte del tiempo. Un poco vanidoso y un tanto iluso no quería por amigos a los niños de otros labradores. Con todo esto era querido en el poblado donde se le conocía por «el sabio». Amilcare soñaba con amigos que usaran botas de charol y vestidos de paño, y que habitaran en castillos, y hablaran de pintura, música y poesía...

A la llegada del Conde Russi a Chiembi, Amilcare encontró campo a sus deseos. Esperaba, con ansia, conocer a aquellos niños, tan decentes, tan bien vestidos y tan dulces, que corrían por los bosquecillos todas las mañanas tras de las mariposas o que extasiados, contemplaban a los pajaritos, sin hacerles daño, solo por escuchar sus cantos...

Esperaba conocerlos y ya son sus amigos.

Estos niños si sentía Amilcare, el pobre huérfano, que fueran sus iguales... sus amigos...

V

¡Cómo llegaron a comprenderse los niños!

Aquella tarde divertiéronse como nunca. Amilcare acompañó a sus amigos en un paseo por los montecillos. Sentados los niños a la sombra de un corpulento árbol, contaban historias de cuando vivieron en Roma. Amilcare, extasiado, los escuchaba, y hacía a ratos preguntas sobre aquella, para él, mitológica ciudad.

Cerca deslizábase mansamente el río, como una plateada culebra que avanzara escalando las abruptas lomas. Mario contemplaba las cristalinas aguas que llevaban sobre sus espaldas hojillas secas y pedacitos de ramas que de los árboles desprendía el viento.

—¡Cómo me atrae el agua!—exclamó el niño. Sueño con profundos ríos a cuyas riberas tranquilas llegan las cansadas garzas. Con enormes cataratas que, como melenas de leones plateadas por la luna, juntan lo alto con lo bajo, y hacen extremecerse las entrañas de la tierra. Con insondables mares en cuyo lomo azul se bañan las estrellas y donde deposita un ósculo de oro el bello sol. ¡Qué feliz si fuera marinero!...

—Si vuestra inclinación es esa, síguela, querido Mario—repuso Amilcare. Nada de raro tiene que con los años conquistes un grado alto en la marina.

—No me gustaría que Mario emprendiera esa carrera,—dijo Paola. Ofrece muchos peligros. A diario se registran casos en que se pierden los vapores. Para ser marinero hay que amar el peligro y hasta a la misma muerte. Sonreir ante las tempestades y cantarle a los ciclones.

—No soy del mismo parecer—continuó Amilcare

dirigiéndose a su amiga. El día está señalado para cada hombre y así le sorprende la muerte lo mismo en mar alta que dentro de una hornacina. Conozco a un viejo amigo de mi padre que desde niño trabaja en la marina mercante sin sufrir la menor adversidad de las aguas. ¡Me declaro fatalista! El hombre puede accionar dentro del radio de sus acciones pero nunca influir en las leyes que gobiernan el destino.

—Apruebo las ideas de Amilcare—exclamó Mario. ¡Seré marinero!

Entonces el pobre huerfanito, «el sabio», se incorporó y señalando el firmamento por donde cruzaban presurosas bandadas de perdidas golondrinas, lanzó en tono profético estas palabras:

—Mario! He leído en el libro del destino que llegarás a ser hijo de las aguas. Tus tristezas, alegrías, quejas y llanto serán bendecidos por el mar. Sed, pues, Mario, un valiente marinero, honra y gloria de nuestra patria.

Muy celebrada fue por los niños la ocurrencia de Amilcare y entre risas y juegos regresaron aquella tarde a sus hogares.

Los paseos sucediéronse tarde tras tarde, y el tiempo pasaba veloz, estrechando más y más aquella amistad bendita, saturada con los recuerdos dulces de la infancia.....

VI

¡Cómo pasan los años de la infancia! Esos momentos felices en que por toda preocupación tenemos no más que el juego! ¡Edad feliz! ¡Edad de ensueños! ¡Edad de oro! Desconocemos la tristeza, y nuestra amiga es tan sólo la alegría. Encontramos, como los antiguos filósofos, en cada cosa una belleza. En la flor como en la mariposa, en el sol como en el mar, en el cielo y las estrellas.... doquier encontramos esa bendita belleza, esa belleza que es el mismo Dios.

El hombre nace con el sol, y no es aún el medio día cuando se convierte en viejo, en viejo agonizante. Vive menos que lo que vive el sol en su carrera diaria.

¡Niños! No deséeis llegar a hombres. La realidad de la vida, esa terrible realidad que convertirá vuestras alegrías en tristezas, vuestros juegos en amarguras, vuestras risas en llanto, vuestros juguetes en armas, flamea sobre vuestras cabezas. Pobres de vosotros si llegáis a hombres...

Paola, Mario y Amilcare. ¡Ved cómo pasa el tiempo! Continuad los paseos por el campo y no dejéis que de vuestros corazones se apodere la realidad de la vida. Guardad con amor en vuestras almas los delicados y dulces recuerdos de la infancia...

Pero, ¿algo hay que detenga al tiempo en su veloz carrera? ¡Nada! La evolución necesita hermanarse con los años y con los siglos... Evolución y tiempo; inseparables e invencibles fuerzas esotéricas emanadas del corazón del *macrocosmo*.

¡Corred, tiempos felices y así, en errante e infatigable caravana de años cumplid tu *sacra* misión!

Y van pasando los años como una cinta cinematográfica. Se destruyen pueblos, destrónase a los reyes, ciudades se hunden y ciudades se levantan, se asesinan los hombres, desaparecen las viejas razas, retumban los volcanes en unión de los cañones, la ciencia se doblega ante el poder del oro, y por último van pasando por el mundo los cristos, los cristos modernos del *Arca de Noé*.

Paola, Mario y Amilcare, ved cómo corre el tiempo. Ved cómo se aleja de vuestros corazones el paraíso divino en que florecieron los primeros años de vuestra presente vida...

VII

El tiempo, invisible monarca que todo lo puede y lo vence, ha pasado veloz—sucediendo a los minutos las horas y los años—sobre la tranquila vida de aquel olvidado pueblecito de Italia, siempre igual, con sus casitas blancas y sus extensas praderas en las que pastan mil y mil rebaños.

Varios años han pasado desde la llegada del Conde Russi a Chiembi.

El Conde continúa en la misma vida de retraimiento, siempre pensativo, siempre tratando de encontrar en los recuerdos uno solo que mitigue el escozor de su conciencia. Parece que cada minuto que pasa aborrece más al mundo...

La Condesa, muy triste, sufrida, es ya una vieja a pesar de sus pocos años. Pasaron, como fugitivas visiones, aquellos felices días de juventud y belleza, aquellos dichosos tiempos de opulencia, tan cortos y tan lejanos. Sus cabellos, antes negros como el ébano, son blancos como hilitos de plata. Sufre tanto la Condesa, que su existencia se extingue cada momento que pasa, como se extingue la luz de las estrellas cuando el sol aparece en el Oriente...

Mario ha poco ingresó en el Cuerpo Militar de Marina. Es un valiente y guapo muchacho. Su ilusión es la de conquistar el grado de capitán, y lo conseguirá. Es todo un carácter; es todo un hombre.

Paola, la chiquitina pizpireta que ayer no más corría presurosa tras las mariposillas multicolores, es ya toda una "signorina" de quince años cumplidos y aparentando veinte. Alta, esbelta y blanca. Abundantes y ne-

grísimos cabellos recorren con suavidad las correctas ondulaciones de su cuerpo. Bajo las arqueadas cejas y al abrigo de asedadas pestañas irradian unos ojazos negros y profundos. La boca, diminuta, de muñeca, se entreabre para dar paso a una sonrisa de inocencia y de candor. Además, posee una excelente educación, ¡y es tan buena! Su placer único es aliviar las penas ajenas, como si no le bastaran las propias. Los labradores la quieren y admiran y cuando pronuncian su nombre lo hacen con la misma devoción con que cuentan los milagros de los santos...

¿Y Amilcare, el amiguito de los hijos del Conde? Raras veces se le ve en el poblado. Un hondo pesar lo hiere. Encerrado en su cuarto de estudio, ojeando libros y más libros pasa las horas del día y parte de la noche. Pero su pensamiento está lejos...

Su pensamiento está en Paola...

VIII

Y sucedió...

Era un domingo por la tarde.

Amilcare amaba a Paola con toda la vehemencia de sus veinte años, con toda la seriedad de que era capaz su carácter y con el respeto propio de la admiración. Veía en Paola un dechado de modestia y amabilidad, un modelo de virtud femenina, una alma pura y blanca, difícil de encontrar en la masa general de las mujeres, que a su edad, les preocupa tan sólo la coquetería. ¡Y era tan bella como buena era!

Ella también sentía acercamiento a su amigo. Conocía el carácter y las dotes que adornaban a Amilcare. Con él pasó los ratos más felices de su infancia y de su ignorado infortunio. Ella también le amaba.

Era un domingo por la tarde. Sentados bajo el emparrado del castillo, charlaban. Hacían recuerdos de cuando niños, muy juntos y de la mano, corrían a través de aquellos campos, siempre verdes, tan verdes como sus «esperanzas»...

Hubo un momento de supremo silencio en que, cogidos de la mano se miraban fijamente, como tratando de descubrir el secreto de sus almas. Y Amilcare, estrechando con fuerza las manos de su amiga, lo descubrió.

Dos palabras tan sólo bastaron para traducir el hondo sentimiento: Paola; te amo!

Ella no contestó, pero una sonrisa dulce y pura, tan pura como su almita blanca, se dibujó en sus labios rojos y virginales. Y aquella sonrisa de ángel, flor primera del jardinito de sus amores, fue todo un poema de

promesas, de ternuras y de esperanzas para el enamorado galán.

Fue aquel el pacto de dos almas que ya se pertenecían...

El sol, en occidente daba paso a la luna, la joven madre de las estrellas...

IX

No pasó desapercibida para el Conde la escena del emparrado, en la que se unieron dos almas que ya se pertenecían.

Tras los cristales de una ventana, como la fiera en asecho, había seguido los movimientos de los jóvenes. Aquellas miradas de su hija para Amílcare exasperaron al Conde que en un momento lo comprendió todo. ¡Su hija amaba! Si; amaba a un campesino, a un palurdo. La desgracia llegaba a lo más hondo de su vida. El, que deseaba un trono para su hija, veía con horror que la perla se ocultaba en el escarpado risco. Entonces se reveló tal cual era. Altivo, ruin e invencible en su orgullo.

El Conde de Pressles, joven, rico y de distinguido porte, era el afortunado elegido por Russi para compañero de Paola. Russi le conocía desde pequeño y siempre encontró en él, más que un buen hombre, un buen *partido.*

Pressles, por su parte, mantuvo relaciones estrechas con la familia Russi, y sus visitas al castillo las hacía con mucha frecuencia. En cierta ocasión Russi manifestó a Pressles que creía llegado el momento de casar a su hija con un hombre digno de entrar en su familia y éste, aprovechando la ocasión, pidió la mano de la linda romana, a lo que Russi de buen agrado accedió.

Por eso, en los momentos en que el Conde comprende que su hija ha puesto los ojos en el joven aldeano, se desespera y llora, pues comprende cuán potentes son las cadenas que forja el amor.

Largo rato mantuvo una conversación con la Condesa, en la que se preparó un excelente plan de ataque.

Y comenzó la lucha, esa eterna lucha entre el débil y el fuerte, entre el bueno y el malo, entre el esclavo y el amo.....

X

Aquella noche, contra lo acostumbrado, el Conde, un tanto pensativo, entró en el aposento de su hija.

Paola, al ver aparecer a su padre en la estancia tuvo la intuición de que algo muy grave sucedía.

Por un momento se cambiaron las miradas entre padre e hija. Al fin se decidió el Conde a hablar.

—Paola, quiero oír de tus labios la confesión. Tú me ocultas un sentimiento; tú no quieres ya a tu padre, al viejo amigo que tanto te ha querido.

La niña callaba.....

—No quieres decir a tu padre lo que sientes. Pero lo sé! ¡Amas! Esta noche he venido sólo para recordarte que tu padre no consiente esos amores. Es preciso que desistas de esos pensamientos, efímeras ilusiones, muchachadas..... He venido sólo para hacerte pensar que eres hija mía, hija del Conde Russi y que llevas un nombre ilustre. Que por tus venas corre sangre noble, sangre de nuestros antepasados... ¿Piensas acaso manchar nuestro ilustre abolengo uniéndote a un pobre labrador.....?

La niña, al verse sorprendida, al ver que su padre conocía el secreto de su alma, de sus amores, estuvo a punto de desmayar, pero, recobrando los perdidos ánimos, soltó la confesión:

—Sí, padre....le amo y....como es tan bueno....

—Basta! Ya lo sabes. Se hará lo que tu padre ordene, lo que dicte su voluntad.

Luégo, como tratando de amenguar el fuego intenso que devoraba el corazón de su hija, la dijo con voz dulce y cariñosa:

—Espera, querida hija. Dentro de poco tiempo te daré un esposo digno de tu nombre. ¡El Conde Press!...

—Nunca! Nunca!—se atrevió a exclamar la joven.

El Conde, airado, se retiró a su cuarto, mientras Paola, bañada en lágrimas, comenzaba a sentir las espinas de su primer amor.....

. . . . . .

Amílcare, entre tanto, pasaba los dias encerrado en su pequeña biblioteca, pensando siempre en su amada. Por las noches, ya tarde, recorría los montecillos cercanos al castillo, mirando siempre hacia allá, a la ventana aquella en que la veía aparecer tantas veces en otros tiempos.....

—Paola, ¿no me escuchas?..... ¿No me quieres?.... Aquí tienes a tu Amílcare velando por ti..... sólo por ti.....

Y el viento sólo contestaba sus lamentos.....

Paola, postrada en su reclinatorio, ante la Virgencita de los Dolores, pedía consuelo para las penas, los dolores, suyos y del ausente, de su Amílcare.....

Los días pasaban..... y el amor crecía.....

XI

Las gentes, en traje festivo, acuden al templo al llamamiento enérgico y continuo de las campanas.

Los solemnes repiques rompieron con el alba, dejando en cada hogar una alegría, una sonrisa, un canto, una plegaria.....

Ocho campanadas sonaron en el cansado reloj de la iglesia.

El templo, pletórico de feligreses, emanaba encantos divinos. Una vez al año se engalana con tanto esmero la iglesita de Chiembi. Las arqueadas ventanas lucen sendos cortinajes amarillos; los santos de madera, despojados de su inmutable mortaja que los guarece del polvo, salieron de sus estrechos y apolillados camarines; las flores, frescas y olorosas, matizan altares y columnatas; broncíneos candelabros que en otro tiempo fueron dorados, mantienen en firme actitud a centenares de velas, que iluminan la nave, olorosa a incienso.

El Pastor, seguido de un acólito aparece en el presbiterio y da comienzo a la representación del sacrificio divino, el sacrificio más grande que han visto los siglos.

Ha llegado el momento *teúrgico* en que, el hombre, olvidando las imprecaciones que la materia le arranca, eleva su espíritu a Dios en alas de la oración. Y ese momento psicológico lo producen las flores, el arte, las estrellas, el mar, el amor, el incienso y la meditación.

Una joven, de distinguido porte y de semblante piadoso que se abre paso por entre la muchedumbre, llega hasta la pilastra de que cuelga de una cadena semi-dorada, una pila de agua bendita. Moja el índice de su pulida mano con el agua santa y lo lleva a la frente y luégo a los

labios. Con gracia se arrodilla en el pavimento frío y de su pequeña boca se escapa una oración, muy queda, como si hablase en secreto.

De pronto, como brotado de la pilastra, aparece un joven de rostro afeminado y de mirada franca y penetrante, que se aproxima lentamente a la bella devota que ha poco entró en el templo. "El Sabio," murmuran algunas gentes y no falta moza que envidie la suerte de la aristocrática damita.

El sacrificio divino toca a su fin.

Un ¡Paola!... suave, tan suave como el volar de un buho, pero dulce y sentido, hace volver la vista a la devota y sus ojos, negros y profundos, se encuentran con los azules y amorosos de Amílcare.

Los labios enmudecen cuando el alma canta. No pudieron hablarse los amantes. Sus almas lo impedían. Dos lágrimas tan sólo, como rocío del corazón, desprendiéronse de los ojos de Paola y volando llegaron hasta su boca a confundirse con el agua santa.

Por el templo resuenan los tres reverendos campanillazos que hacen eco en los pechos de los feligreses. En el mismo instante, con devoción intensa, Paola alzó los ojos al cielo en demanda de piedad y, al bajarlos, encontró los de su padre, aquellos ojos fieros, aquellos ojos pequeños y negros, hechos para maldecir, ojos de odio, de crimen y misterio.

El sacrificio divino ha terminado....

Y en los altares de dos corazones comienza un nuevo sacrificio, un sacrificio real, un sacrificio oculto, oficiado por Dios y de acólitos dos almas...

XII

Son las siete de la mañana.

Ha callado la voz estridente del viejo órgano, y sólo escúchase la campanilla quejumbrosa que anuncia el fin de los oficios divinos. Por los anchos claustros del convento desfilan, como espectros, las recluidas, vestidas de blanco y tristes como Dolorosas. A su lado marchan, con paso tardo y largo, tres monjas, viejas y regordetas, con cuellos y tocas blancas y almidonadas. Por un momento déjanse oír no más las suaves pisadas de monjas y recluidas y los golpecitos metálicos de las reliquias benditas. Luégo llega el silencio a cubrir, con su fúnebre manto, los claustros, la capilla y las celdas del convento.

En la antesala, lujoso aposento en donde brotan tenue luz dos agonizantes luminarias, adornado todo con bellas y polícromas estampas—parentela celestial, según el decir de las religiosas,—y en donde hace mucho tiempo duerme, olvidado, un carcomido "harmonium," en este aposento, decía, en que huele a santo, el Conde Russi y su hija esperan la llegada de Sor Catalina, la madre superiora.

A poco aparece la monja. De estatura baja y delgada; blanca, de ojos azules y nariz corva y larga; un poco encorvada por el peso de los años. Lleva en los labios sonrisa beatífica y su mirada es penetrante, de lince. El Conde le entrega su hija, en cuerpo y... alma.

Estará encerrada allí, entre aquellos muros de piedra tan fríos como el corazón de su padre, hasta tanto desista de su locura. Quería y debía castigar a la ilusa, a la desobediente, a la mala hija. La monja recibe en sus brazos a Paola, que llora y calla.....

—Descuide, señor Conde. Es mal de todas mis recluidas. Pediré a Dios por ella, para que sea como antes, buena hija...

El Conde se aleja sin lanzar una sola mirada compasiva a su hija, que no lleva otro pecado que el de ser hija de un hombre pravo y lurio, mientras, la Madre Superiora, alzando los ojos al cielo, pide fervorosamente un rayo de luz divina para aquella alma..... perdida!

XIII

Amílcare recibió aquella misma tarde la fatal noticia: ¡Paola en el convento!, e instintivamente cerró los ojos a impulso de su dolor. Las heridas del alma cierran los ojos de la carne para buscar con los del espíritu a Dios. Entonces le pareció ver la figura enclenque del Conde, que airado le decía: plebeyo, ignorante, labrador. ¿Quieres manchar mi nombre? ¿Es así, miserable, como pagas el título de lacayo que te di? Pero, no lograrás tu intento. Paola no será nunca de un pelpa. Y la figurilla amenazante lanzaba irónicas y satánicas carcajadas.

Temeroso, sobresaltado, Amílcare abrió los ojos y, mecánicamente, como el muñeco de madera que pende de un hilo, se acercó a su pequeño escritorio y tomando en sus manos un viejo volumen leyó en las últimas páginas: "Soy hijo del pueblo y me vanaglorio de serlo. Sea lo que sea el pueblo y ridiculícesele cuanto se quiera, los hijos del pueblo no dejarán de ser el núcleo de la nación, el hogar de sus costumbres, el factor de su bienestar, el cultivador de la ciencia y del arte. El hijo del pueblo que cree honrarse cuando logra elevarse hasta la nobleza o cuando compra su título, se deshonra a mis ojos;" y luégo otro párrafo:

"El talento nace en todas las condiciones y se desenvuelve hasta que se le da libertad para obrar. Canning era hijo de un mercader de vino; Roberto Peel de un tejedor; y entre los alemanes, Scharnhorst tuvo por padre a un jornalero, y el anciano Derfflenger no fue siquiera el hijo de un sastre sino de un campesino. Y, por el contrario, cuántos generales incapaces y cuántos

diplomáticos inhábiles podemos contar que han debido su bastón o su cartera sólo al nacimiento!....."

¡Oh, raza latina de hombres idealistas!—exclamó el joven.—Os nutrís de palabras y más palabras, que es como decir idealismos, *castel in aria*... Y yo, débil visionario que siento correr por mis venas esa nerviosa vida de nuestras praderas, que busco el cielo de mi Chiembi en las pupilas de mi amada, que cuento las estrellas y sigo en su carrera a las constelaciones, que me sirvo del sol como un anteojo para mirar a Dios, que amo la libertad, la igualdad y la fraternidad, me confundo al fin en el miasma de la maldita realidad.

Llegan los grandes hombres, riegan las semillas de sus redentoras ideas, y esas semillas se pudren en el campo estéril de la realidad.

¡Oh, fariseos con nombre de cristianos! *¡Lobos con piel de oveja!* Destruid esos templos, mercaderes de conciencias. Derribad esas cátedras, protectores de ricos. Asesinad el arte y la ciencia y, levantad un trono de oro para el vicio. No os comprendo, porque sois unos egoístas, y el egoísmo lo encierra todo, todo lo malo que tiene el mundo. ¡Soy un desgraciado!

No puedo comprender la humanidad y, quien no comprenda la humanidad, que no viva en ella. Todo hombre tiene una santa misión que cumplir. La mía era la de arrastrar la pesada cadena del sufrimiento. Y qué; ¿no la he cumplido ya? ¿Acaso no sufro desde la más tierna infancia? ¿Entonces para qué la vida si no existe en mí el equilibrio entre el bien y el mal, entre el placer y el dolor?...

Y voló, pausadamente, a hacer nido en su cerebro, el ave negra de una idea: el suicidio.....

Aquella noche tuvo valor para recorrer los parajes cercanos al convento.

Amaneciendo tomó el camino de su casa y con tristeza veía perderse, en el follaje, aquel edificio maldito, ósculo del infierno, por el que sentía tanto cariño como odio le tenía. Y, sin pensarlo llevó a sus labios su único consuelo, su talismán.... el retrato de Paola desteñido, por sus besos y sus lágrimas.....

XIV

¿Qué sucede en Chiembi, hoy 23 de enero? Los labradores no han ido a sus faenas esta mañana y se dirigen, en grupos pequeños, a la parte sur del poblado. Por la tristeza de sus caras y la seriedad de que van revestidos por el camino, es de pensar que, lo sucedido en el pueblo, es de gravedad.

A poco aparece en una esquina de la plaza el "pastor de almas" de Lilui quien, seguido de algunos campesinos, se dirige a la iglesita.

Mas allá, y en sitio opuesto, el pueblo, en masa, sigue a un féretro que en hombros llevan cuatro fornidos labradores, en dirección a la iglesia, adornada desde temprano con lucios y negros cortinajes, flores y candelabros dorados, donde emanan luz indecisa, esbeltas y amarillas velas de cera.

¿Qué sucede hoy en Chiembi, en el tranquilo pueblecito de labradores? ¿Por qué lloran las campanas y los pájaros y los hombres y los niños y las mujeres? ¿Por qué...? Ha muerto Amílcare, conocido por "el sabio." Ha muerto el visionario, el que soñó un día con la felicidad que sólo está concedida a los poderosos, a los nobles... de pergaminos. Sacio de amargura partió a la región del misterio en busca de consuelo...

Ha callado la voz fervorosa del viejo harmonium y de los labios del "Ministro" brotan las últimas palabras del oficio: "Requiescat in pace. Amén".

Las campanas, muy tristes, doblan... Tin... tan... talán ..

Con paso lento desfila el fúnebre cortejo por el caminillo de Lilui...

Ya pasa el féretro frente al castillo. La ventana del pabellón está cerrada, pero tras los cristales, la Condesa sigue con la vista al cortejo que avanza... El Conde ha huido a refugiarse en el oscuro sótano, temeroso, como Caín, de encontrarse el ojo acusador de Dios: la conciencia...

El féretro avanza lentamente, como avanzan todos los féretros humanos: los hombres.

Ya pasa por el Convento de San Francisco. En la puerta, una monja —Sor Catalina— eleva los ojos al cóncavo firmamento en demanda de piedad, mientras las cuentas negras del rosario corren, presurosas, por entre sus huesosos dedos....

El cortejo ha llegado al "camposanto."

Y llegó también el visionario, al fin de su camino: la tumba.

El sol, lloroso, se hundía tras los montecillos de Chiembi...

XV

Un acontecimiento doloroso y extraño vino a turbar la aparente tranquilidad de la familia Russi. Siete días después de la repentina muerte de Amílcare, la Condesa Russi volvió al seno de la Madre Tierra, de donde había venido. La tuberculosis, enseñoreada en sus pulmones apagó la viveza de sus ojos y expulsó de aquel esbelto y pulido cuerpo, como la crisálida que arroja a la hipsipilia, su espíritu sufrido, para que volara cual juguetona y blanca mariposilla, en el interminable concierto de ultratumba.

Suceso extraño e incomprensible—murmuraban los labradores; es el castigo de Dios,—las aldeanas y, los más, encogiéndose de hombros, lo atribuían a la casualidad.

Hay en la vida de los hombres, en esta vida tumultuaria, tediosa y agitada, en este paso por la tierra en que una fuerza divina nos lleva al infinito viaje de la perfección, sucesos extraños e incomprensibles a los que por ignorancia ya, o por vanidad, los hacemos pasar por un tamiz esencialmente sutil: la casualidad. Y, sin embargo, la casualidad no existe, ya que afirmarlo sería negar a Dios. La casualidad viene a ser para los *débiles* lo que el Diablo para los niños o el "perdón de los pecados" para los ignorantes: "la esclavizadora cadena de conciencias".

Todo en la divinidad tiene un origen, es decir, una causa; y, esa causa sólo la encuentran los espíritus libres, los que están en la Verdad, nunca los *débiles*.

Ensimismada en hondos pensamientos, Paola regresó al castillo; lo encontró sombrío, desierto. Ya su madre

no estaba allí, aquella santa mujer, sér único en quien encontraba el cendal para su dolor.

Largos y cansados días los pasó encerrada en su dormitorio, rezando las dulces y consoladoras oraciones que de niña su madre le enseñara. ¡Cuántos pensamientos extraños la asaltaban!

Volver al Convento, imposible! Desgraciado de aquel, que huyendo de la vida profana, busca consuelo en las oscuras celdas de un convento, pues se verá humillado por su propio orgullo o vencido por su sufrimiento... La vida es lucha, agitación, dolor, es vida...

Pronto morirá su anciano padre, quédese para Dios juzgarlo, bueno o malo, y entonces...sola, sin amparo ni consuelo, sin una mano amiga que la guíe en el mundo...

Que mi padre decida. Que sea él quien termine la obra...

El Conde tuvo el mismo pensamiento de su hija. Se sentía viejo y enfermo. Comprendía cuán corta era su existencia tan amarga.

Y, con paso tardo entra, por segunda vez, en el cuarto de su hija, a dictar la última y decisiva sentencia.

Hubo un momento de sagrado silencio, de ese silencio que antecede a los grandes acontecimientos de la vida...

Y el vejete, con voz temblorosa y hueca, comenzó a dictar su voluntad:

—Paola Russi, hija mía. He llegado a que hablemos de un asunto que me preocupa desde la muerte de tu santa madre. Eres una señorita instruida y buena y por eso no dudo me comprendas. Estoy viejo y enfermo; siento que a pasos largos viene la muerte a mí. El día que eso suceda, el día que no tengas padre; ¿qué será de tí, Paola? Sola en el mundo...

Y hasta entonces, después de muchos años, el viejo lloró, copiosamente...

—Sola en el mundo.. y pobre...

—No hable así, padre mío. Usted vivirá muchos años más, y yo puedo trabajar...

—No sabes lo que dices, hija mía. Mario no se acuerda ya de nosotros y tú, sola en el mundo. ¡Trabajar! No conoces aun la humanidad por que eres joven! ¡Trabajar! ¡No quiero pensarlo! Ser el estropajo de la *canalla*. Los hombres ven en la mujer que trabaja un fácil instrumento de placer. Seductores, bandidos de levita, la humanidad rueda al abismo por vosotros. Las cárceles os llaman. Para esos miserables vale más una ramera que la pálida virgen que deja su belleza hecha girones, en las lides del trabajo. Los hombres sólo conocen de las riquezas materiales; muy pocos aprecian las del alma. No aquilatan el talento y la virtud; sólo buscan y rinden culto al oro, a los brillantes y al vicio...

Y tú, que no tienes más riqueza que el nombre ilustre y digno que tus padres te han legado; ¿piensas vencer al odio y al egoísmo? Lo dice tu padre: cuando fuí rico —tú estabas muy pequeña—todos me rodeaban prodigándome honores y atenciones. Hoy, enfermo y pobre, nadie sabe si existo o si tengo hambre...

Y, al través de los cristales de la ventana, el viejo lanzó al mundo una mirada de odio intenso y sus manos se crisparon, cual las de un esclavo enfurecido.

—Mi padre pesimista— pensó Paola.

Y el Conde, como hablando consigo mismo, continuó:

—¡Es por eso que aborrezco al mundo y lo maldigo! ¡Oh, si no fuera por ti, Paola, que tanto te quiero...!

El silencio batió sus alas: los suspiros...

El Conde rompió el silencio:

—Es tu porvenir lo que ahora me preocupa. Reflexiona. El Conde Pressles te conviene, hija mía. Es un excelente hombre; te hará feliz. Lo conozco desde su tierna infancia y...

—Lo acepto, padre mío, lo acepto.

Y, el Conde, satisfecho, y por primera vez sonriente después de muchos años de sufrimiento, se alejó de su hija, bendiciéndola...

XVI

Días después celebráronse las bodas.

Sólo el Conde Russi y unos curiosos aldeanos fueron testigos de aquella triste ceremonia, en la que se unieron dos almas jóvenes, un día lluvioso, allá en la diminuta iglesia de un lejano y pintoresco pueblecito de Italia, cumpliéndose así la última voluntad de un padre viejo, enfermo, arrepentido...

.....

Dos años más tarde bajó a la tumba, estóicamente, el Conde Russi, último descendiente de una familia rica e ilustre de Italia.

Desde entonces el Castillo de Chiembi permanece deshabitado y en ruinas, siendo oscura morada de vampiros y asilo de alegres golondrinas...

Si Cristo, con ser Cristo,
pasó tres días en turbación,
¿qué no será de los demás
mortales?

EL INCOGNITO

XVII

Si Cristo, con ser Cristo, pasó tres días en turbación; ¿qué no será de los demás mortales?

Esta preciosa frase, limpio diamante de verdad, nació sencilla, sin ropajes de brillante retórica—necias vanidades—del pensamiento claro y sublime de una elevada entidad, *El Incógnito,* manifestando en ella una de las teorías sublimes y fundamentales del Espiritismo: la turbación.

El Incógnito lee a través de las palabras bíblicas "y al tercer día resucitó entre los muertos", (refiriéndose a Cristo) que el más sublime de los hombres, el predilecto, pasó tres días sumido en las tinieblas, tres días en turbación: ¿qué no será de los demás mortales? Llorad, esclavos de las pasiones y el vicio. Llorad, avaros, simoniacos, ladrones de alto copete, cismáticos, tiranos, parricidas, traidores y suicidas; llorad, llorad, humanidad entera...!

Cada pensamiento, acción o hecho que el hombre marque en su diaria vida es un nuevo filamento con que él mismo teje la asfixiante mortaja que ha de cubrir su espíritu, cuando errante, cruce el infinito continente de luz, el armónico concierto de ultratumba.

El Espiritismo dice:

los espíritus al desencarnar creen seguir viviendo la vida terrenal o material hasta que les sea concedido el alimento divino—aquel maná que alimentó al escogido pueblo, en el desierto—llámese Luz, Verdad o Dios;

ningún espíritu, al desencarnar, comprende que ha abandonado la materia, y continúa sujeto a las actividades, que en vida con los hombres, ejercía;

el avaro sigue siendo el guardián de su tesoro; el comerciante en sus negocios; el guerrero en la batalla; el enfermo en su dolencia, etc., etc; y el suicida en su dolor, en el dolor profundo que él mismo produjera en ayuda de la muerte.

Así dice el Espiritismo.

A ese paso oscuro y doloroso a que está sujeto todo hombre al morir—dígase infierno o purgatorio—llama el Espiritismo turbación.

Y, los rayos tibios del sol de la Verdad irán llegando al espíritu turbado, con el correr de los años, a medida que la mano justiciera de una expiación vaya arrancando uno a uno, los pesados filamentos que componen la mortaja que allá en vida con los hombres tejiera la ignorancia.

El espíritu libre que olvida la materia y vive en la divinidad, "está en luz"—es decir—"ha resucitado entre los muertos."

Así lo dice el Espiritismo.

XVIII

En la mente de los sencillos labradores de Chiembi vive inmarcesible el recuerdo de "El Sabio."

Hoy es el quindenio aniversario de la muerte de Amílcare. Por eso la misa es de Requiem.

Los labradores que asistieron a la ceremonia notaron, con extrañeza, la presencia en el templo de una mujer enlutada, cuyo rostro estaba cubierto por un espeso velo. Al fin de los oficios divinos, la desconocida desapareció por el caminillo de Lilui...

Cada año, con el mismo fin, la iglesita acoge en su seno al devoto pueblo que va a pedir a Dios por el ánima de "El Sabio," por la salvación del suicida. ¡Quince años han pasado! y, ¡oh destino!, allá lejos, a través de los azules mares, en un país de la América Central, fantástica para aquellas gentes, el pobre muerto lloraba su desvío:

—Yo soy Amílcare. Mario, Mario, ¿dónde está mi novia que no puedo verla?... yo sufro mucho!...

Así hablaba el suicida a su amigo Mario,—un compatriota—al que conoció en la dolorosa peregrinación que hacía por el mundo, en horrible turbación, sirviéndose inconscientemente de diferentes cuerpos humanos: los mediums.

Y era que el "muerto" se creía vivo.

Quince años en turbación: mil siglos en el infierno...

XIX

Es media noche. Las doce campanadas salidas de la cercana iglesia, así lo anuncian. La luna esparce sus débiles rayos sobre el mundo y a lo lejos se pierden los monótonos graznidos de las lechuzas, que sigilosamente, van en busca de alimento.

En la ruinosa verja del castillo de Chiembi se ha detenido una mujer, de regia vestimenta y aristocrática figura. Es la misma desconocida que asistió a la misa de los "difuntos" en el aniversario de "el sabio". Abre la puertecilla que cruje dolorosamente sobre sus gastados goznes y cruza el olvidado jardinillo, cuajado de florecillas silvestres. Llega a la puerta principal y sin inmutarse ante la figura fantástica del ruinoso castillo y, como obediente a la fuerza impulsiva de una sugestión, sube lentamente la escalinata de hierro que conduce al piso superior. Las pisadas de la aventurada visitante rompen, rítmicamente, el silencio por tantos años respetado allí, mientras los vampiros, temerosos, revolotean en torno del edificio.

La intrusa ha llegado a un aposento, donde a los débiles rayos de la luna, vense colgados de la pared descoloridos marcos que encierran efigies de antepasados miembros de la familia Russi. Lanza una mirada escudriñadora a su derredor y con presteza descuelga el retrato de una venerable anciana, para dejar al descubierto el de un apuesto joven, de rostro afeminado y risueño. Con profundo respeto e intenso cariño se acerca al manchado lienzo; ya llora, ya le habla, ora con cariño, ora con pesar..

Un ruido sordo y prolongado ha repercutido en el castillo...

La joven tiembla...

Los rayos de la luna, indecisos, siguen llegando a la ventana...

Ante aquel abandonado lienzo que representa la imagen de su bien amado, tiende los brazos en actitud invocatoria y lo llama con la misma fuerza que se desprende de sus negros ojos un torrente de lágrimas.

Un segundo zumbido hizo estremecer de horror a la joven y caer de rodillas...

Y... aquella efigie, por tantos años olvidada, se escapa del apolillado marco, toma cuerpo, crece, se mueve, crea vida...

"Materialización" perfecta, divina aparición, mezcla de horror y alegría, de dolor y gloria...

Y, el fantasma habla:

—Paola, querida Paola. ¡Qué buena eres! Que la paz de Dios sea contigo. Vienes a visitar al muerto, que tanto sufre...

El canto triste de un pajarillo interrumpió la frase del muerto que contemplaba, a través de los rotos cristales, los verdes campos, iluminados por la luna...

La joven, de rodillas se cubría con ambos brazos su divino rostro...

—Que tanto sufre—continuó la visión.—Ya que Dios ha permitido que yo llegara hasta tí, querida Paola, quiero que conozcas mi historia... la triste historia de muerto...

El día aquel en que tu padre, Dios le conceda la luz, nos separó llevándote al convento, terminó mi felicidad. ¡Por culpa mia tú encerrada en el convento! No pude resistir ante el dolor. Una fría y oscura mañana de enero,

no la quisiera recordar, llegóme un momento de locura en que perdí mi fe, mi religión, tu recuerdo y hasta el cariño a mi buen padre; sentado frente a mi pequeño escritorio y a presencia de tu divino retrato comencé a trazar las indecisas líneas en que para siempre me despedía de tí, de mi padre y, de la vida. Hubo momentos lucidos en que tu bella imagen me hablaba al alma:

"No lo hagas, Amílcare; espera, sufre, ten paciencia." Entonces, desesperado y loco tomaba entre mis temblorosas manos la carta de despedida, con intenciones de romperla; pero, cerrando los ojos, me parecía verte encerrada muchos años en el convento, sufriendo por mí, arrastrando con dolor la pesada cadena de mi desgracia,—la de ser hijo del pueblo,—y volvía a mi cerebro la idea del suicidio. Y cuando abría los ojos, tu retrato, Paola, me hablaba otra vez cariñosamente al alma: "no lo hagas, Amílcare, ten paciencia."

Y no tuve valor! Cedí cobardemente a mi infortunio. Sonó un tiro y mi cuerpo cayó exánime en un manantial de sangre. Un dolor intenso, devorador despedazaba mi cráneo...

. . . . . .

En este martirio pasé muchos años, sintiendo el plomo bullir en mi cabeza, cuando una mañana huyó de mí el dolor; abro los ojos y me encuentro frente a mi pequeño escritorio trazando aquella maldita carta en que me despedía de la vida. Entonces tu retrato, con ojos suplicantes y cariñosa sonrisa me habló al alma: "No lo hagas, Amílcare... espera... ten paciencia." Pero una voz interna, cavernosa y enérgica me sacó de mi delirio: "Ya lo hiciste, ya lo hiciste", al tiempo que sentí caer mi cuerpo en tierra, y bañado en sangre, se repitió el martirio de mi muerte...

Y fueron sucediéndose los años y las escenas trágicas de mi muerte... de mi martirio...

Hasta entonces la joven que había permanecido callada, tuvo valor para murmurar:

—Y yo, Amílcare, te creía feliz, envidiaba tu suerte...

El muerto continuó:

—Un día cesó mi dolor. Me sentí con vida, con fuerza y valor, como en aquellos tiempos dichosos en que hablábamos de amor a la sombra de verdes y tupidos árboles, interrumpidos tan sólo por el dulce canto de los pajarillos o por el cansado murmullo de las fuentes. Y corrí, desesperado, en busca de ti, Paola. El mundo anduve y, al encontrarte, ¡horrible visión!, fué en brazos de otro hombre...

—No me culpes, Amílcare. Así lo quiso mi padre— respondió la joven y dos lágrimas tibias corrieron por su rostro.

—La ingrata, la perjura—exclamé;—pero ni tú ni él oyeron mi queja y continuaron entregados al amor. Furioso iba a arrojarme sobre el que así mi felicidad robaba cuando, Paola, tiemblo, se repitió la escena de mi muerte...

—Dos años más tarde hubiese sido tuya y...

—Paola, el destino, como el alma, es inmortal. Pide a Dios mucho por tu buen padre y por mí que tanto necesito de consuelo. Tengo una sagrada misión que cumplir. Evitar tantos suicidios como estrellas tiene el firmamento o como arenas la mar... Si en el transcurso de tu existencia interpones tu bondadosa alma para evitar un suicidio, recuerda que en mucho aliviarás mi calvario... Siento separarme de ti, pues aún te amo. Las pasiones no acaban ni en la tumba. El amor es más fuerte aún que la misma muerte... ¡Adiós!...

Y la visión se esfumó, quedando sólo el viejo y descolorido retrato colgado de la pared...

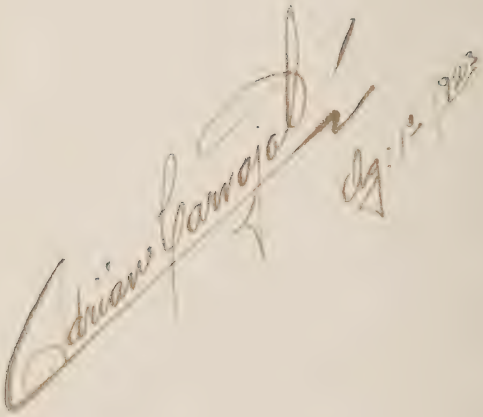
La joven huyó, con ligero paso, de la solitaria mansión, dejando en el camino la cristalina estela de sus lágrimas...

La luna ha terminado su carrera y el sol, presuroso, —entre rayos de oro— escala los abruptos montecillos de Chiembi.

XX

Y, desde aquella noche de luna en que un muerto contó su triste historia, veréis a menudo un lujoso carruaje que se detiene en la puerta del Cementerio de Chiembi, y a una enlutada que descendiendo de él pasa por entre las tumbas hasta encontrar una, al parecer olvidada, en cuya losa esparce frescas florecillas, que llegan amorosas, convertidas en plegarias, a perfumar el alma de un suicida...

FIN



ERRATAS NOTABLES

En la página 26, línea 18

Dice: volando Léase: rodando

En la página 27, línea 4

Dice: anchos del claustros Léase: anchos claustros del

Paola - flor delicada de
Oceania 7 de [illegible]

IMPRENTA
MINERVA
LITOGRAFIA
SAN JOSE
COSTARICA

This **BOOK** may be kept out **TWO WEEKS ONLY**, and is subject to a fine of **FIVE CENTS** a day thereafter. It was taken out on the day indicated below:

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00028266457